

MANUAL DEL PERFECTO ATEO

JORGE VOLPI

Richard Dawkins
The God Delusion
Houghton Mifflin, 2006
(trad. esp. *El espejismo de Dios*, Espasa, 2007)

Daniel Dennett
Breaking the Spell. Religion as a Natural Phenomenon
Viking, 2006
(trad. esp. *Rompiendo el hechizo. La religión como fenómeno natural*, Katz, Buenos Aires, 2007)

Christopher Hitchens
God is Not Great
Da Capo Press, 2006

Christopher Hitchens (ed.)
The Portable Atheist
Da Capo Press, 2007

Norman Mailer
(con Michael Lennon)
On God. An Uncommon Conversation, Random House, 2007

Fernando Vallejo
La puta de Babilonia
Planeta, 2007

Para NCG

1.

A mediados del siglo pasado André Malraux afirmó: “El siglo xx será religioso o no será”. Dominado por la feroz oposición entre capitalismo y comunismo, el mundo sufría entonces las tensiones de la guerra fría y nada parecía vaticinar un repentino auge espiritual. Hubo que esperar a la caída del Muro de Berlín y la disolución de la Unión Soviética para que el anunciado resurgimiento de la religión –y de su gemelo perverso, el nacionalismo– se convirtiese en una amenaza real. Como un virus latente, el fanatismo ocupó el lugar de las ideologías y comenzó a multiplicarse hasta provocar una auténtica pandemia. Aunque el

nuevo protagonismo de la religión puede advertirse en todas partes –del renovado poder de la Iglesia Ortodoxa en Rusia al extremismo hinduista o la multiplicación de las sectas evangélicas en Corea y América Latina–, el papel central que ha adquirido tanto en Estados Unidos como en el mundo islámico ha terminado por convertirse en el mayor desafío de nuestra época.

Desde los años ochenta la “derecha cristiana” ocupa una posición dominante en la sociedad estadounidense y sus consignas determinan en buena medida el discurso público en este país. El laicismo se mantiene de forma institucional, pero ningún político puede permitirse el lujo de ignorar a ese núcleo religioso que continúa creyendo que Estados Unidos está destinado a cumplir una misión divina o que el aborto y los matrimonios homosexuales son aborrecibles y pecaminosos. Lo que ocurre en el ámbito islámico es aún más grave: en cuanto las presiones de la guerra fría comenzaron a desvanecerse, se multiplicaron los grupos radicales que, amparados en una lectura literal del Corán y en las continuas vejaciones cometidas por Israel contra el pueblo palestino, han socavado el laicismo que prevalecía en muchos de sus gobiernos –por ejemplo Siria, Egipto y el propio Irak– y se han embarcado en una guerra frontal contra los “infiel”, cuya máxima expresión ha sido, por supuesto, Al-Qaeda.

Justo cuando el mundo celebraba el inicio de un milenio

marcado por la distensión y la tolerancia –y, hay que decirlo, por el triunfo ineluctable del capitalismo y el libre mercado–, la caída de las Torres Gemelas inauguró un nuevo tipo de guerra fría. Bajo la presidencia del segundo George Bush, Estados Unidos replicó a los atentados con las invasiones de Afganistán e Irak, motivado por un espíritu de venganza con tintes religiosos y no por una adecuada estrategia geopolítica. Desde ese momento el planeta se halla sumido en un nuevo órdago, ese “choque de civilizaciones” preconizado por Huntington que es, más bien, un enfrentamiento entre dos variedades de fanatismo.

Cuando uno viaja a Medio Oriente, al norte de África o al Medio Oeste estadounidense no puede evitar la misma sensación de agobio ante el predominio que la religión ejerce en el espacio público. Incluso en países de sólida tradición laica, como Europa Occidental o mi propio país, México –donde la separación entre la Iglesia y el Estado se remonta a mediados del siglo xix–, la reaparición del integrismo es evidente, sobre todo frente a temas como el aborto, el control natal o los matrimonios homosexuales. Lejos estamos de las conquistas de la Ilustración o de la confianza que la era victoriana le reservaba a la ciencia y a la razón. Ante la presencia incontenible que Dios vuelve a tener en nuestro tiempo, no es casual que hayan aparecido tantos libros que, desde ópticas muy distintas, buscan explicar o de

plano combatir la nueva religiosidad que nos rodea.

2.

Como demuestra el filósofo francés Michel Onfray en su *Traité d'athéologie*, el zoólogo británico Richard Dawkins en *The God Delusion* o el crítico británico, nacionalizado estadounidense, Christopher Hitchens en *God is Not Great*, el ateísmo aún goza de mala fama en nuestro tiempo, como si la *a* privativa del nombre convirtiera a sus adeptos en excepciones frente a la tendencia general –y natural– a tener un dios*. Ser ateo en Estados Unidos representa un serio inconveniente (sólo un 49% de la población votaría por un político ateo, frente al 79% por un homosexual o al 94% por un católico), y abjurar de Dios en países regidos por la *sharia* islámica puede conducir a la muerte. Pero, insisto, aún en países de tradición secular o al menos con una religiosidad “suave”, como la mayor parte de Europa (con la ruidosa excepción de Polonia) o América Latina, declararse “ateo” mueve al desprecio, el rechazo o de plano la censura.

Obsesionados con obtener cierta respetabilidad, numerosos ateos prefieren declararse “agnósticos” –un término más oscuro y menos alarmante–, “no creyentes”, “librepensadores” o, tal como cuenta el filó-

* Los ateos militantes, como Hitchens, se empeñan en escribir “dios” con minúscula, mientras que otros, más tolerantes, conservan la grafía tradicional. Me declaro partidario de los primeros, así que sólo conservaré la mayúscula en las citas textuales.



Daniel Dennett y Richard Dawkins.

sofo estadounidense Daniel Dennett en *Breaking the Spell*, incluso se han apropiado de un término que originalmente buscaba denigrarlos, “*brighths*”, siguiendo el ejemplo de los *gays*.

Según Michel Onfray,

“[N]o existe ningún término para calificar de modo positivo al que no rinde pleitesía a las quimeras fuera de esta construcción lingüística que exacerba la amputación: a-teo, pues, pero también in-fiel, a-gnóstico, descreído, ir-religioso, in-crédulo, a-religioso, im-pío (¡el dios del ausente!) y todas las palabras que derivan de éstas: ir-religión, in-credulidad, im-piedad, etc. No hay ninguna para significar el aspecto solar, afirmativo, positivo, libre y fuerte del individuo ubicado más allá del pensamiento mágico y de las fábulas”.

Más allá del nombre, acierta Onfray al señalar que la tradición atea ha sido sistemáticamente oscurecida de la historia intelectual por los poderes religiosos que han gobernado —y aún gobiernan— al mundo. Tanto en la Grecia clásica como en la Edad Media no encontramos ateos en sentido

estricto, sino filósofos o pensadores que no se sometieron a los dioses de su tiempo, que se enfrentaron a teologías institucionalizadas o que enarbolaron ciertos grados de teísmo o panteísmo, por más que las distintas ortodoxias los hayan acusado de apostasía, herejía o, en el peor de los casos, de “ateísmo”. En *The Portable Atheist*, su segunda recopilación del pensamiento ateo, Christopher Hitchens no duda en incluir entre los fundadores del ateísmo a personajes tan contrastantes como Lucrecio, Omar Jayyam o Spinoza.

Onfray, en cambio, sostiene que el primer ateo auténtico habría sido Jean Meslier, cura de Etrépigny (1664-1729), autor de un *Testamento* en el que arremete contra todos los poderes de su tiempo, aunque es en su *Memoria de pensamientos y sentimientos de Jean Meslier* donde por primera vez en la historia un pensador profesa, demuestra y argumenta su ateísmo (Hitchens no lo incorpora en su nómina, pero con típico chauvinismo anglosajón

tampoco incluye al propio Onfray).

Tras el cura de Etrépigny, la tradición intelectual atea continúa con La Mettrie, Helvetius, Sylvain Maréchal y, sobre todo, con el Barón d’Holbach, contemporáneo de Voltaire y Rousseau y siempre olvidado por filósofos e historiadores (y, de nuevo, por Hitchens). Habrá que esperar al terremoto desatado por la “tríada infernal” del siglo XIX, Darwin, Marx y Nietzsche, para que el ateísmo recupere un lugar preponderante en el pensamiento occidental. (Pese a su importancia indiscutible, Hitchens tampoco incluye al filósofo alemán en *The Portable Atheist*, acaso porque su fama póstuma incomoda demasiado a su “liberalismo”).

De los tres, quizás sea Darwin quien le haya conferido mayor legitimidad al pensamiento ateo. Primero de forma tímida y cuidadosa, y en su vejez de modo decidido, su lucha por desterrar sus convicciones religiosas a favor de una visión científica del mundo es uno de

los grandes hitos de nuestra lucha contra dios. En un célebre pasaje de su autobiografía, citado por Hitchens, Darwin narra su “camino de Damasco” inverso:

“Formerly I was led by feelings such as those just referred to (although I do not think that the religious sentiment was ever strongly developed in me), to the firm conviction of the existence of God, and of the immortality of the soul. In my Journal I wrote that whilst standing in the midst of the grandeur of a Brazilian forest, ‘it is not possible to give an adequate idea of the higher feelings of wonder, admiration, and devotion, which fill and elevate my mind’. I well remember my conviction that there is more in man than the mere breath of his body. But now the grandest scenes would not cause any such conviction and feelings to rise in my mind. [...] The state of mind which grand scenes formerly excited in me, and which was intimately connected with a belief in God, did not essentially differ from that which is often called the sense of sublimity; and however difficult it may be to explain the genesis of this sense, it can hardly be advanced as an argument for the existence of God [...]”.

“Antes me movían sentimientos como los que he mencionado (si bien creo que el sentimiento religioso nunca estuvo fuertemente desarrollado en mí) hacia la firme convicción en la existencia de Dios y la inmortalidad del alma. En mi diario escribí que, mientras permanecía en medio de la grandeza de la selva brasileña, “no era posible dar a idea adecuada de los altos sentimientos de maravilla, admiración y devoción que llenan y elevan mi alma”. Y también recuerdo mi convicción de que hay más en el hombre que la mera respiración de su cuerpo. Pero ahora las más grandes escenas no provocan que esa convicción se instale en mi mente. [...] El estado mental que las grandes escenas me provocaban anteriormente, y que estaba directamente relacionado con

la creencia en Dios, no difiere esencialmente de lo que comúnmente se conoce como sentido de lo sublime; y sin importar cuán difícil sea explicar este sentimiento, no puede deducirse de él ningún argumento sobre la existencia de Dios [...]).

Como escribe Dennett en otra obra imprescindible, *Darwin's Dangerous Idea* (1995), (*La peligrosa idea de Darwin*, Círculo de lectores, 1999) el naturalista británico concibió una de las ideas más poderosas jamás desarrolladas por una mente humana: la evolución. Como un ácido que todo lo corroe, la evolución es capaz de explicar toda suerte de fenómenos naturales, desde la creación del universo hasta la mente humana, sin necesidad de recurrir a intervenciones divinas o a un “diseñador inteligente” encargado de poner en marcha la relojería del cosmos. *The God Delusion*, el polémico texto de Dawkins, utiliza la evolución darwiniana para concluir que, “casi con certeza, dios no existe”.

Por más que rechazara el judaísmo ortodoxo de sus ancestros, Marx no tenía entre sus metas principales enfrentarse con la idea de dios, sino con las religiones institucionalizadas; no obstante, su malinterpretada cita sobre la religión como opio de los pueblos ha servido como acicate a cientos de pensadores anticlericales (aunque no necesariamente ateos). Por ello, en realidad debemos a Nietzsche el mayor salto en el pensamiento ateo, gracias a su rechazo frontal a la tradición judeocristiana. Como afirma Onfray, su crítica despiadada de la religión no llevó a cabo toda la tarea ateológica, pero la hizo al fin posible.

A partir de aquí, la lucha contra dios se multiplica y contamina a cientos de espíritus inquietos. Hitchens recoge en su nómina a muchos de ellos, en su mayor parte científicos: Freud, Einstein, Russell, Martin Gardner, Carl Sagan,

Steven Weinberg y los propios Dawkins y Dennett, al lado de escritores y políticos como Salman Rushdie, Ian McEwan y Ayaan Hirsi Ali, quien cierra el libro con estas palabras que podrían ser un buen corolario del pensamiento ateo de nuestro tiempo:

“The only position that leaves me with no cognitive dissonance is atheism. It is not a creed. Death is certain, replacing both the siren song of Paradise and the dread of Hell. Life on this earth, with all its mystery and beauty and pain, is then to be lived far more intensely: we stumble and get up, we are sad, confident, insecure, feel loneliness and joy and love. There is nothing more; but I want nothing more”.

(“La única posición que me deja sin disonancias cognitivas es el ateísmo. No es un credo. La muerte es inevitable y reemplaza a la vez a las sirenas del paraíso y a las amenazas del infierno. La vida en esta tierra, con todo su misterio y su belleza y su dolor, debe ser vivida intensamente: caemos y nos levantamos, estamos tristes, confiados, inseguros, sentimos soledad y alegría y amor. No hay nada más; pero yo no quiero nada más.”).

El problema con la selección de Hitchens es que parece demasiado marcada por su propia agenda ideológica. En cualquier caso, no cabe duda de que, pese a la mala fama que le sigue acompañando, el ateísmo cuenta en nuestros días con defensores de primera línea, dispuestos a arriesgar su vida, para combatir esa “fuente de todos los males” (como la denomina Dawkins).

En una época en la que, como insiste Onfray, el cadáver de dios sólo ha sido visto por Nietzsche y la religiosidad goza de tan buen estado de salud, ¿cómo responder desde una óptica laica al conflicto que enfrenta al judeocristianismo y al Islam? ¿Cómo conciliar la tolerancia y a la vez impedir que millones de niños sean educados por sus padres en esa forma radical de ignorancia que es la fe? ¿Cómo ser ateo a principios del siglo xx?

3.

Comencemos con el punto de vista de dos científicos, Dawkins y Dennett, para observar dos maneras distintas (y en ocasiones drásticamente enfrentadas) de explicar el ateísmo y argumentar contra la existencia de dios. Mientras Dawkins se empeña en demostrar que dios y la religión han sido esencialmente negativos para la humanidad y se dirige, por tanto, a un público ateo que en general coincide con sus ideas, Dennett prefiere estudiar la religión como “fenómeno natural” y compartir su convicción *bright* con lectores religiosos que, tras seguir su minucioso examen, puedan coincidir con él.

Dawkins utiliza la ciencia como arma de combate contra la fe y a lo largo de su libro desmonta las convicciones religiosas como si quisiera destruir un edificio sustrayéndole poco a poco sus cimientos. Su tarea es a la vez monumental y, hay que decirlo, un tanto vana. Un ateo militante como yo no podría disfrutar más con su sistemática y lúcida demolición del “espejismo de dios” y su certera exposición de las contradicciones, errores y fallas de cualquier sistema religioso, pero al final la coincidencia absoluta con sus planteamientos provoca cierta insatisfacción, y supongo que en el caso de los lectores religiosos sólo generará un enfado creciente (algo similar a lo que ocurre con Hitchens).

Dennett opera en sentido contrario: explica paso a paso el surgimiento de la religión como fenómeno natural —empleando las ideas sobre la replicación de los *memes* elaboradas por el propio Dawkins en *The Selfish Gene* (1976)— y prefiere dirigirse a esos lectores que podrían terminar abjurando de su fe. Página a página Dennett los invita a desmenuzar sus argumentos, jamás desprecia o ataca sus convicciones y por supuesto no considera a dios como la raíz de todos los ma-

les. Con un estilo ágil y directo muestra cómo pudo surgir la idea de dios, cómo ésta evolucionó con el tiempo y cómo, gracias a su enorme capacidad para adaptarse —y a los beneficios concretos que representó para las sociedades del pasado— terminó por convertirse en el *meme* más contagioso jamás inventado por nuestra especie. A partir de allí, expone pacientemente cómo se puede ser ateo sin dejar de tener convicciones éticas e incluso sin dejar de ser “religioso”.

Dawkins pertenece, pues, a la tradición del científico ilustrado que arremete contra sus adversarios religiosos, dispuesto a ganar cualquier batalla gracias a sus argumentos basados en la razón. Dennett, en cambio, opera como un “evangelista” del ateísmo: no aspira a devastar las convicciones de sus adversarios, sino a convertirlos paulatinamente a su causa. Ambas estrategias resultan paradójicas: es casi imposible convencer a alguien que en principio reniega de la razón y se ampara en la fe (eso que los ateos llamamos “sinrazón”) para que abandone sus sentimientos religiosos a partir de argumentos puramente racionales. Frente a tales cuestionamientos, el creyente siempre responderá: la fe explica lo que la razón no puede, o cosas por el estilo, y se mantendrá impávido ante las tesis que prueban que, “casi con certeza, dios no existe”.

Aun así, Dawkins no deja títere con cabeza y espera sacudir, o incluso violentar, a su lector para removerlo y a la postre liberarlo de la tiranía de dios. Más cortés, Dennett se esfuerza por seducir a sus lectores: no pretende estremecerlos, sino conducirlos paulatinamente hacia la duda, la madre de todo ateísmo. ¿Cuál de los dos obtendrá mejores resultados? Aunque simpatizo más con la postura civilizada de Dennett, sólo puedo recordar mi experiencia personal: proveniente de un entorno ca-

tólico, me hice ateo gracias a lo dardos envenenados de Nietzsche, no mediante la juiciosa argumentación de pensadores más serenos.

4.

God is Not Great de Christopher Hitchens no utiliza la ciencia para descalificar a dios y a las religiones, sino la retórica. Como suele hacer en buena parte de sus textos, su tono aspira a la polémica y a la provocación. No hay sutileza en sus planteamientos (que cualquier ateo comparte de antemano): su texto es un juicio sumario, a veces violento, otras superficial, sólo de vez en cuando agudo, de las mentiras, engaños y atrocidades que han cometido las religiones —particularmente el judaísmo, el cristianismo y, como era de esperarse, el Islam— a lo largo del tiempo. Resulta difícil estar en desacuerdo con su irritante exposición: en efecto, la religión nace ante la falta de razón, sus practicantes jamás han sido mejores desde un punto de vista moral que los ateos, algunas de las mayores catástrofes de la Historia han sido producto de las luchas entabladas en su nombre y el nivel de hipocresía de sus sacerdotes, pastores, imanes y rabinos deja atónito a cualquiera.

Tras la agotadora lectura de su libro, un ateo no puede sino coincidir en que dios no sólo no es grande, sino que ha generado más perjuicios que beneficios y ha sido una fuente de opresión, una barrera para el desarrollo, y un eficaz sistema para reprimir la sexualidad y la libertad. El problema, insisto, radica en el carácter autocelebratorio del ateísmo de Hitchens y en su necesidad de mostrarse como el principal adalid de su causa. No hay en su libro un auténtico análisis del origen de la idea de dios o de la utilidad que ésta tuvo para nuestros antecesores, como en Dennett, y ni siquiera un fundamento científico de su exposición, sino la con-

vicción de que la religión fue sólo el producto de la ignorancia, como si el conocimiento científico no hubiese sido la consecuencia extrema de ese mismo pensamiento religioso. Con esa arrogancia que no logra evitar ni siquiera en sus momentos más lúcidos, Hitchens sostiene que la religión responde esencialmente a nuestra estupidez innata. Como dice en el prólogo a *The Portable Atheist*:

“[...] there is a reason why religions insist so much on strange events in the sky, as well as less quantifiable phenomena such as dreams and visions. All of this things cater in our inborn stupidity, and our willingness to be persuaded against all the evidence that we are indeed the center of the universe and that everything is arranged with us in mind”.

“[...] hay una razón por la que las religiones insisten tanto en señalar extraños sucesos en el cielo, así como fenómenos menos cuantificables como sueños y visiones. Todas estas cosas llenan nuestra estupidez innata y nuestra voluntad de ser persuadidos contra todas las evidencias de que en efecto somos el centro del universo y que todo está arreglado pensando en nosotros”.

Hitchens jamás busca entender cómo es posible que personas razonables del siglo XXI, educadas y con una amplia cultura, sean capaces de negar todas las evidencias para seguir considerándose creyentes. Su libro ataca a la religión desde todos sus flancos (¿pero en verdad resulta útil a estas alturas desmenuzar las contradicciones de los evangelios o enumerar las atrocidades del Corán?), convencido de que la abrumadora exposición de sus fallas bastará para disminuir su poder. Se trata, sí, de una cuestión inquietante, que habla del carácter no particularmente racional de la especie humana, pero la fe no puede ser explicada sólo como un producto de nuestra tendencia a “creer que somos el centro del universo”.

La conclusión final de *God is not Great* resume bien la po-

sición de Hitchens. Hay que conocer los entresijos de la religión —nuestro enemigo— para poderla combatir hasta la muerte:

“Above all, we are in need of a renewed Enlightenment, which will base itself on the proposition that the proper study of mankind is man, and woman. [...] However, only the most naïve utopian can believe that this new human civilization will develop, like some dream of ‘progress’, in a straight line. We have first to transcend our prehistory, and escape the gnarled hands which reach out to drag us back to the catacombs and the reeking altars and the guilty pleasures of subjection and abjection. ‘Know yourself’, said the Greeks, gently suggesting the consolations of philosophy. To clear the mind for this project, it has become necessary to know the enemy, and to prepare to fight it”.

“Por encima de todo, necesitamos una nueva Ilustración, la cual se basaría en la proposición de que el estudio propio de la humanidad es el hombre, y la mujer. [...] Sin embargo, sólo los utópicos más ingenuos pueden creer que esta nueva civilización humana se desarrollará, como un sueño de “progreso”, en línea recta. Primero tenemos que trascender nuestra prehistoria y escapar de las garras que intentan devolvernos a las catacumbas y a los altares y a los placeres culpables del sometimiento y la abyección. “Conócete a ti mismo”, decían los griegos, sugiriendo gentilmente las consolaciones de la filosofía. Para aclarar la mente para este proyecto, se vuelve necesario conocer al enemigo, y prepararse para luchar contra él”.

Si el libro de Hitchens falla es porque no asume por completo su condición panfletaria —un género literario tan respetable como cualquier otro—, a diferencia de lo que ocurre con *La puta de Babilonia* del escritor colombiano Fernando Vallejo. Nos hallamos aquí frente a un texto que no pretende convencer a los creyentes, ni mostrar argumentos particularmente sólidos, sino que emplea el lenguaje —rico, verboso, agudísimo— como una descarga de artillería contra su blanco favorito: la Iglesia católica. El inicio del libro marca ya, febrilmente, su tono general:

“La puta, la gran puta, la grandísima puta, la santurrón, la simoníaca, la inquisidora, la falsificadora, la asesina, la fea, la loca, la mala; la del Santo Oficio y el Índice de Libros Prohibidos; la de las Cruzadas y la noche de San Bartolomé; la que saqueó Constantinopla y bañó de sangre Jerusalén; la que exterminó a albigenses y a los veinte mil habitantes de Beziers; la que arrasó con las culturas indígenas de América; la que quemó a Segarelli en Parma, a Juan Hus en Constanza y a Giordano Bruno en Roma; la detractora de la ciencia, la enemiga de la verdad, la adulteradora de la Historia; la perseguidora de judíos, la encendedora de hogueras, la quemadora de herejes y brujas [...]”.

Sin siquiera dividirse en capítulos, prescindiendo de orden y cronología, articulado sólo como una poderosísima diatriba, *La puta de Babilonia* no cesa de increpar a la Iglesia, a Cristo, a los papas —en especial a Wojtyła “y su rosario de bellaquerías” y a quien él llama “Benedicta”—, y a los mismos creyentes a través de una exposición tan caótica como catártica. Vallejo no es un filósofo ni un científico, sino un ensayista literario que, apelando a la más pura tradición jacobina de América Latina, convierte al insulto en una de las bellas artes. Sus lanzadas, sin embargo, no sólo se dirigen a los cristianos:

“Mahoma (c570-632) es uno de los seres más dañinos y viles que haya parido la tierra. Una máquina de infamias que ni de la reproducción se privó: tuvo seis hijos con Jadiya, la viuda rica con que se casó para quedarse con su herencia, y otro con su concubina María la copta. De los 25 a los 45 años este mercader taimado que habría de fundar la religión mahometana (una plaga peor que el sida y la malaria)”.

Nada hay del lenguaje políticamente correcto de sus pares anglosajones (sería interesante saber cómo sería recibido este libro en Estados Unidos). Vallejo no se mide a la hora de contar cientos de anécdotas sobre la vileza de los santos o de enumerar las estafas económicas de la Iglesia:

“Ya saben, ovejas, a dónde van a dar las limosnas que mandan al Vaticano. A la juerga de los millones de la Puta. En los años noventa el Banco Vaticano tenía inversiones por más de diez mil millones de dólares y por lavado de dinero cobraba el cinco por ciento, lo cual era una bicoca si tenemos presente que Sindona le cobraba a la familia mafiosa de los Gambino el cincuenta por ciento por lavarles su dinerito proveniente de la heroína a través de una *shell corporation* o compañía de evasión fiscal y lavado de dinero, la Mabusí. Vaya a saber Dios por qué estos ensotados de hoy en día han bajado tanto la tarifa. Las finanzas de la Puta son oscuras y secretas como las de Cuba. ¿O por qué creen que se entendió tan bien Juan Pablo II con Castro? Tal para cual. Tan tenebroso el uno como el otro y los dos más falsos que Judas, que ni existió”.

Al final, dejando de lado por un momento sus imprecaciones, burlas y diatribas contra la Iglesia católica, Vallejo termina llevando agua a su molino con una apasionada defensa de los derechos de los animales, una de sus obsesiones de siempre (que comparte, entre otros, con el sudafricano Coetzee). No deja de ser coherente que un escritor que arremete con tanta violencia contra sus congéneres termine refugiándose en la empatía con los demás seres vivos. Quizá esta vuelta a San Francisco sea una de las últimas posibilidades que le queda a la espiritualidad en los albores del siglo XXI.

5.

Frente a tantos relatos de ateos, descreídos o anticlericales, *On God. An Uncommon Conversation* del recientemente fallecido Norman Mailer es quizás el texto más personal, disparatado y excéntrico de cuantos han aparecido sobre dios en fechas recientes. En estas conversaciones con su albacea literario Michael Lennon, el novelista estadounidense confiesa que fue ateo durante su juventud pero que en cierto momento comprendió que la presencia de Dios —para él así, con mayúsculas— en el mundo era incuestionable. Sólo que su ser

supremo es particularmente extraño: Mailer lo concibe como un artista —un demiurgo en términos antiguos— que no es todopoderoso y que se enfrenta día con día contra el mal a través de sus criaturas:

“Whether my motive is pure or impure, I do believe in God the Artist, the Creator. That makes the most sense to me. Whether I have a private agenda, or whether I am being an objective philosopher (to the extent one can propose the existence of what may be an oxymoron—*objective philosopher!*)—so be it. Whether guilty or innocent, this will be the argument I advance: God is an artist. And like artists, God has successes, God has failures”.

(“Sin importar si mi motivo es puro o impuro, creo en Dios el Artista, el Creador. Tiene sentido para mí. Sin importar si tengo una agenda propia o si estoy siendo un filósofo objetivo (en la medida en que uno pueda proponer la existencia de lo que quizás sea un oxímoron: ¡filósofo objetivo!) así es. Sin importar si soy culpable o inocente, éste es mi argumento: Dios es un artista. Y como los artistas, Dios tiene éxitos y Dios tiene fracasos”).

El dios de Mailer se comporta como un novelista quizás no demasiado talentoso. Para explicar la presencia del mal en el mundo, tan abstrusa para las teologías tradicionales, Mailer sostiene que dios tiene un poder limitado. Los seres humanos seríamos su mejor obra, pero eso no significa que seamos perfectos ni que dejemos de estar sometidos a las tentaciones del diablo, su feroz antagonista. Lennon no duda en preguntarle directamente sobre éste y Mailer responde:

“Whatever the form it takes, my understanding is that God and the Devil are often present in our actions. As I’ve said many times over the years, when we work with great energy it’s because our best motive to do our worst motive—or put it in another way, God and the Devil—are equally engaged in the outcome and so, for a period, working within us”.

(“Sea cual fuere la forma que tome, mi idea es que Dios y el diablo están presentes en nuestras acciones. Lo he dicho muchas veces a lo largo de los años: cuando trabajamos con

gran energía es gracias a que nuestros mejores motivos para hacer lo peor —o, dicho de otra manera, Dios y el diablo— están igualmente comprometidos para lograrlo y, por un periodo, trabajan dentro de nosotros”).

En opinión de Mailer los seres humanos somos el campo de batalla de dios contra el diablo, tal como lo entendían los maniqueos, sin que de antemano sepamos quién será el vencedor de la gran batalla cósmica. Desde luego cabe preguntarse si en verdad el novelista cree en estas afirmaciones o si se trata sólo de un punto de vista metafórico. Él mismo reconoce el carácter un tanto fantasioso de sus teorías, pero las sostiene hasta el final —justo lo que debe hacer cualquier novelista que aspire a la verosimilitud.

Las rarezas teológicas de Mailer no hacen más que multiplicarse conforme avanzamos en su conversación con Lennon: no cree en la existencia ni del cielo ni del infierno, aunque luego se contradice y se deja seducir por la idea del purgatorio; concibe un proceso de reencarnación dirigido por dios, aunque en ciertos casos un alma (que considera un regalo del creador) puede simplemente agotar su ciclo y desaparecer para siempre; piensa que dios y el diablo en ocasiones pueden actuar a través de seres humanos particularmente poderosos, como Hitler o Napoleón; aventura que cada uno de nosotros guarda en su interior una mezcla particular de dios y el diablo... Pero, cuando Lennon le pregunta directamente si se concibe como un gnóstico, Mailer responde con cierto fastidio: “That has no meaning for me either”. (“Eso tampoco tienen ningún significado para mí”).

Tras la fascinante y desconcertante lectura de *On God*, uno no puede evitar preguntarse hasta qué punto Mailer se burla sin tregua del cándido Lennon —el cual parece encantado con representar el papel de discípulo amado del profe-

ta del mailerismo— o hasta dónde el novelista estadounidense es víctima de demencia senil. Entre los dos extremos cabría sugerir una posibilidad intermedia: aunque Lennon no se dé cuenta, Mailer está escribiendo aquí uno de sus más audaces relatos de vejez, una ficción tan ambiciosa, mordaz, juguetona y egocéntrica como *Los desnudos y los muertos*, *La canción del verdugo* o *El fantasma de Harlot*, la aspiración suprema de cualquier escritor de ficción: la invención de una teodicea, la creación de un sistema tan válido y ordenado —o tan absurdo y caprichoso— como el de cualquier otra fe surgida a lo largo de la Historia. Aunque su objetivo pareciera consistir en una defensa de dios frente al ateísmo de autores como Hitchens, Dennet o Dawkins, con este libro Mailer quizás desacredita a las religiones de manera más radical que ellos. En vez de utilizar argumentos racionales, de exponer las atrocidades cometidas en nombre de dios o de dinamitar las contradicciones de las iglesias, Mailer exhibe el procedimiento mediante el cual cualquier individuo dotado con una gran capacidad de fabulación —Moisés, Cristo, Mahoma, Mailer— puede inventar una religión a su medida. ■

[Este artículo también se publica en PRL, la primera publicación especializada en libros editada en español en Estados Unidos].

Jorge Volpi es doctor en Filología, novelista y ensayista. Autor de *La guerra y las palabras* y *No será la Tierra*.